

# EL NOROESTE DEL PACÍFICO EN EL AÑO 2000

Julián Peña Mora  
Colaborador del IEEE.

## Generalidades

Antes del año 1941, se veía al Pacífico asiático como tierra de misiones, como región del exotismo y como el país de *madame Butterfly*. Hoy, esta región se presenta como la parte del universo donde se ha creado la fuerza impulsora del dinamismo en la economía mundial, con sus consiguientes incidencias políticas, actuales y futuras.

¿Qué cambios se han registrado y se están registrando en estas extensas regiones? Unos son consecuencias de factores ajenos a su propia voluntad y otros de sus propias decisiones:

1. En el aspecto político, en la gran masa euroasiática, y desde finales de la Segunda Guerra Mundial, existía una zona central fuerte mientras la periferia estaba debilitada, tanto a Oriente como a Occidente, que contaba solamente con la ayuda militar y económica de Estados Unidos para iniciar su resurgimiento. Actualmente, se han cambiado las tornas y el centro se ha convertido en la parte débil mientras que, de un lado, Europa Occidental da muestras de un renovado dinamismo, y de otro, Japón y el este asiático se han convertido en una zona modélica de economías de mercado, dando al mundo ejemplo de conductas a imitar.
2. En otro orden, se ha producido también una inversión del orden de importancia del factor político-económico, con cesión del primero a favor del segundo, que desaparecido el peligro militar inherente a la guerra fría ha subrayado la prioridad de los aspectos económicos en la tarea de reconstrucción y fortalecimiento de las naciones sobre los llamamientos ideológicos como impulsores de estos movimientos, tanto en el aspecto nacional como en el internacional. Este pragmatismo de reconocer la primacía de lo económico está creando serios problemas en todos los sistemas políticos, particularmente en los de base marxista, como es el caso de China, que intenta aplicar serios retoques a su estructura económica, adaptándose a los vientos que soplan en aquellas zonas pero manteniendo la integridad de su estructura marxista-leninista.
3. En esta inversión se está pretendiendo recurrir al espíritu nacionalista como sustituto de las ideologías políticas o, por lo menos, revitalizando los sentimientos que despiertan. Así, en China se viene advirtiendo a la población contra los peligros que supone la infiltración extranjera para el régimen establecido, a sabiendas de la sensibilidad de sus habitantes frente a cualquier síntoma de foraneidad. Lo mismo puede aplicarse a Corea del Norte, donde sus habitantes viven como eremitas, respecto a la comunidad internacional; y de Corea del Sur, donde el sentimiento antiamericano creciente se atribuye a una reacción contra la política de presión de Estados Unidos para obtener beneficios del sistema económico nacional surcoreano.

4. Igualmente, es notorio que, a pesar de la homogeneidad de población en Japón, las dos Coreas, Mongolia y Taiwan, se siente una gran y nueva preocupación en la República China por la existencia de minorías dentro de sus fronteras, que ocupan por sí solas, a pesar de no ser más del 8% de la población, más de la mitad del territorio del Estado chino, situadas principalmente en las regiones fronterizas. No es de extrañar, por tanto, que el Gobierno chino muestre cierta inquietud por los crecientes sentimientos nacionalistas que se detectan en las repúblicas centroasiáticas que anteriormente fueron parte de la Unión Soviética y en las que hoy el héroe nacional ha pasado a ser Gengis Jan en lugar de Lenin. A pesar de sus intentos por lograrlo, los chinos no podrán nunca unificar a tibetanos, mongoles y kazakos que viven dentro de sus límites, por lo que este factor étnico tendrá presencia permanente en la política del país.
5. En toda Asia, las antiguas estructuras políticas han resultado muy dañadas sin que hayan sido sustituidas por otras aceptadas por todos, de donde se sigue la coexistencia actual de tres tipos de sistemas: el autoritarismo-pluralismo, el leninista y la democracia parlamentaria. El primero, caracterizado por las restricciones de la libertad y la capacidad de elección pero en una sociedad civil que, en cierta medida, mantiene su propia vida dentro de la esfera religiosa, familiar y educativa, con cierta autonomía, junto al propio Estado pero soportando una gran intervención estatal. El segundo, luchando desesperadamente por mantenerse al mismo tiempo que pretende experimentar con sistemas económicos menos cerrados, aprovechando la historia reciente de la desaparecida Unión Soviética y conformándose con hacer que el socialismo funcione mejor sin reformar el sistema político. Pero, no se ve cómo podrán coexistir largo tiempo una economía abierta con una política cerrada, particularmente cuando vayan accediendo a los puestos de responsabilidad las jóvenes generaciones, con educación perfeccionada y más influida por la tecnocracia mundial y cuando surta efecto la información recibida del exterior a través de los medios de comunicación y de los visitantes de todo tipo tras las comparaciones de rigor.

Finalmente, no es aventurado afirmar que las pocas monarquías tradicionales que subsisten o bien desaparecerán o tenderán a reformarse para unirse a las democracias parlamentarias que ya existen. Frente a esta situación del momento, a la que se ha llegado tras grandes convulsiones sociales en los últimos 50 años, el camino que se abre por el desarrollo, en Asia como en todas partes, es el del pluralismo político, con sistemas más o menos semejantes, sin olvidar los zigzagues y escollos que haya que salvar, lo que permitiría un diálogo más amplio unido a una compleja red económica que, acercando a las sociedades, reduzca los riesgos de conflictos militares.

6. Todo esto sin olvidar los grandes cambios habidos en el Pacífico asiático en materia de seguridad, en los que destaca la desaparición de la antigua Unión Soviética de la capacidad de Rusia para poner en juego sus recursos militares, aunque aún disponga de ellos; la mayor preocupación de China por sus problemas internos; y los que engendra la superpotencia económica japonesa que ya ha empezado a utilizar esta palanca con fines políticos, aunque al presente siga una estrategia militar puramente defensiva. En tales circunstancias puede afirmarse que el riesgo en Asia de conflicto entre potencias importantes es prácticamente nulo, sin que se llegue a descartar la violencia dentro de límites locales o regionales.

7. Se ha dejado como último punto destacable de la situación actual, ya de por sí llamativo, el del enorme desarrollo económico-tecnológico de la región donde, en el año 1989, el comercio con Estados Unidos superaba en más de una tercera parte el de éstos con Europa, en un constante flujo de automóviles, textiles, microcircuitos y equipos electrónicos hacia Norteamérica y de aviones, programas de computadoras y productos agrícolas hacia las naciones del Pacífico. Y no nos referimos solamente al ascenso japonés, como superpotencia económica pues, en la década de los años 1970, se ha originado también el gigantesco crecimiento de Singapur, Taiwan, Hong Kong y Corea del Sur como potencias industriales y comerciales, seguidas hoy día por Malasia, Tailandia, Indonesia y hasta por la misma China comunista, que se ha sacudido, parcial pero significativamente, del sistema económico maoísta y que se libelizará más aún con la incorporación de Hong Kong, que tendrá lugar en el año 1997. Como se puede deducir, toda una nueva versión de la revolución industrial, realizada en el Asia más moderna.

Este despegue general no se ha producido accidentalmente. Siguiendo el ejemplo japonés, con matices individuales, y aprovechando la dependencia tradicional de lealtad al conjunto, los países mencionados se pusieron al trabajo duro siguiendo una política de ahorro buscando beneficios sólo a largo plazo, aceptando la orientación marcada por sus órganos gubernamentales. De otra parte, las naciones que llegaban al proceso de desarrollo económico aceptaron las técnicas experimentadas por las más avanzadas, incluyendo sus rasgos cuando era conveniente, aunque sin llegar a una integración como la Comunidad Europea (CE), de tipo horizontal y de igualdad.

Es de destacar que este proceso fue dirigido por regímenes autoritarios que prestaron todo su apoyo a la empresa privada, trabajando todos apiñados, promocionando la investigación y el desarrollo de un sistema especial de capitalismo, alejado de la libertad total de empresa, de tipo norteamericano. En Japón, se privatizaron las industrias una vez que se desarrollaron las públicas, pero con suficiente apoyo estatal a los nuevos empresarios que, de otra forma, habrían sido destruidas por sus competidores occidentales, con mayor experiencia en aquellos momentos. Esta simbiosis a la japonesa sirvió también de modelo a los nuevos países que se incorporaban al movimiento regenerador de las economías nacionales.

No hay que olvidar el hecho de la importancia que tuvo en estos fenómenos la garantía de seguridad proporcionada por Estados Unidos a los sistemas políticos pacífico-asiáticos, con sus programas de ayuda y concesión de créditos, más los de gastos militares, que han sido claves para desarrollar la economía de Japón y Taiwan junto con otras naciones situadas en el sureste asiático. De esta manera, prácticamente el verdadero mártir del despegue en la región del Pacífico fue el consumidor norteamericano que adquirió diligentemente los productos elaborados por sus socios asiáticos, con bajas barreras arancelarias estadounidense, en contra de la vieja teoría de la dependencia según la cual los países capitalistas desarrollados usaban a los subdesarrollados como suministradores de materias primas y mercados en los que colocar sus productos manufacturados. Consiguientemente, desde los artículos textiles a la alta tecnología, la expansión de sus ventas a Estados Unidos fueron el origen del gran crecimiento del producto nacional bruto asiático.

La idea inicial de cooperación económica en las regiones del Pacífico nació en Japón donde surgió el concepto de comunidad zonal, y ya en el año 1967, las cinco naciones surentales (Singapur, Malasia, Tailandia, Indonesia y Filipinas) formaron la Asociación de

Naciones del Suroeste Asiático (ANSEA). Después, se siguió avanzando en el este asiático por vía similar, aunque a ritmo y formas distintas, siendo Taiwan y Singapur las que prefirieron atraer capital extranjero ofreciendo mano de obra barata y ayuda gubernamental, dejando que las empresas del exterior crearan la industria local mientras que Indonesia se centró en un solo producto, como el petróleo, para depender del extranjero en los demás campos. Después, la Conferencia de Cooperación Económica del Pacífico (PECC) fue creada por 17 países con la idea de formular normas generales en materia de exportación, asesorando sobre asuntos diversos entre ellos: recursos energéticos, ciencia y tecnología, transportes y comunicaciones, y problemas comerciales diversos.

Uno de los frutos logrados con estos contactos multilaterales han sido los progresos alcanzados en materia de protección de la propiedad intelectual, donde hace unos diez años se daba una acusada piratería, con la complacencia de los gobiernos que la consideraban como una ayuda a sus súbditos.

No obstante, este «siglo del Pacífico» que empieza a vislumbrarse se ve todavía afectado por un gran problema: el de los desequilibrios y el proteccionismo en el comercio, citándose como ejemplo el déficit comercial crónico de Estados Unidos con Japón y China que es de unos 40.000 y 7.000 millones de dólares anuales, respectivamente, consecuencia de que aquel país de América absorbe más del 23% de las exportaciones procedentes del este asiático. De hecho, la vinculación recíproca de las economías del Pacífico es demasiado estrecha para adoptar una política proteccionista como medio de resolver, aunque sea parcialmente, esta situación, pues incluso casi el 50% de las exportaciones de Taiwan y Singapur a Estados Unidos las realizan filiales de empresas estadounidenses instaladas en ultramar. Y por si fuera poco, este déficit norteamericano se sostiene con créditos japoneses.

### **Institucionalización del sistema económico**

El conjunto económico señalado en líneas anteriores adquiere consistencia y peso, día a día, lo que le hace estar presente en una parte creciente de los mercados del Planeta, penetrando en ellos, lenta pero sólidamente. Ante esta dinámica no cabe renunciar incorporarse a ella, penetrar en ella, siguiendo de cerca su crecimiento y desarrollo. Pero ¿cómo? Muy frecuentemente, diplomáticos y hombres de negocios propugnan esquemas que ya han perdido vigencia, como es el acercamiento bilateral, considerando a los países individualmente, cuando lo que se requiere es una visión moderna, una visión regional del conjunto que tenga en cuenta no sólo las actividades y estrategias de la países sino también la dinámica peculiar a todo el sistema como hacen japoneses y norteamericanos cuando se enfrentan a la CE. Dinámica que le viene impuesta por la integración e institucionalización de sus estructuras en una serie de organizaciones que sirven a todo y a todas las partes del conjunto y que ha hecho posible que, según el informe de *Nomura Research Institute* japonés, para fin de siglo la producción del Pacífico asiático se espera que sea tres veces superior a la de los países europeos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

De un lado, se tienen las reuniones del Consejo Económico de la Cuenca del Pacífico (PBEC) creado en 1967, organización patronal que agrupa a más de 900 de las más importantes sociedades de los 14 sistemas económicos de la región, cuyo secretariado temporal

para cada conferencia lo asegura el comité nacional del país anfitrión y cuyas reuniones tienen lugar, por turno, en las diferentes capitales económicas del Pacífico. Además de las cuestiones tratadas en el orden del día como problemas regionales o mundiales organiza encuentros bilaterales oficiosos entre hombres de negocios.

De otro lado, la PECC organización cuyos 17 países miembros están representados por delegaciones tripartitas compuestas por el sector privado, el gobierno y el mundo universitario, que fue creada en el año 1980, y cuya estructura se apoya en unos comités nacionales y en diez grupos de trabajo que se ocupan de: política comercial, agricultura, pesca, minerales, energía, islas del Pacífico, ciencia y tecnología, de las tres T (Telecomunicaciones, Transportes y Turismo), del bosque tropical y de problemas coyunturales.

Finalmente, en 1989, se creó en Camberra la Cooperación Económica del Pacífico Asiático (APEC) como forum intergubernamental nacido de una iniciativa australo-norteamericana, que ha elevado la cooperación a nivel estatal y donde los representantes son los ministros de Comercio y Asuntos Exteriores de cada país miembro. Lógicamente, la lentitud de los aparatos administrativos deja sentir su influencia en las reuniones de este nuevo organismo aunque el pragmatismo japonés, junto al empirismo norteamericano, también procuran imponer sus métodos. Queda la duda del posible éxito de sus trabajos, por incompatibilidad de éstos con los de la PECC, pero por de pronto ya hay programadas reuniones en California (año 1993) e Indonesia (año 1994).

### **Efectos de la nueva situación en la relaciones japonesas-norteamericanas**

¿Cómo ha afectado la nueva, aunque iniciada hace bastante tiempo, situación de «asociación global», de que tanto llegaron a hablar el presidente Bush y el primer ministro japonés Kaifu, para afrontar los problemas mundiales, a las actuales relaciones Japón-Estados Unidos? Para concretar y resumir en dos palabras el tema, basta con decir que el camino recorrido en estas relaciones ha exigido una continuada búsqueda de soluciones a los problemas planteados, más en el terreno económico que en el militar, y que a pesar de que hoy está disminuyendo el déficit comercial estadounidense frente a Japón, ya que en los últimos seis años se han duplicado las exportaciones norteamericanas hacia el mercado japonés, llegando a ser iguales a las del Reino Unido, Alemania y Francia combinadas, y que los japoneses han aceptado una mayor responsabilidad en su ayuda al resto del mundo, aumentando también su participación en los costes de mantenimiento de las fuerzas norteamericanas estacionadas en Japón, existe el convencimiento de que las relaciones entre ambas potencias con tierras sobre el Pacífico se vienen, lenta pero claramente, deteriorando.

El descontento de Estados Unidos con Japón aparece documentado de muy variadas formas mientras los japoneses no se muerden la lengua en sus manifestaciones sobre aquéllos. Mientras los norteamericanos acusan de ingratos a los nipones, éstos les acusan de querer descargar, injustamente, sobre Japón sus propios contratiempos económicos y políticos. Uno de los asuntos más debatidos ha sido el desequilibrio de la balanza comercial, haciéndose a Japón culpable de prácticas comerciales ilícitas para lograr posiciones privilegiadas.

Los norteamericanos se hicieron cruces ante la noticia de la compra por los japoneses del Rockefeller Center y de los estudios de cine Columbia. ¿Hubieran reaccionado lo mis-

mo si los compradores hubieran sido europeos? Decididamente, no. Entonces, ¿a qué se debe reacción semejante? Sin duda, en gran parte a la convicción de que Estados Unidos están perdiendo, frente a Japón, el liderazgo en muchas actividades que eran, hasta ahora, orgullo del buen hacer norteamericano, como la calidad de los productos fabricados, el espíritu de sacrificio y el sentimiento de unidad nacional. También a la actitud racista que todavía subyace en algunos norteamericanos hacia el pueblo japonés. Y también a lo que consideran una falta de agradecimiento japonés después de la generosidad y protección facilitada por Estados Unidos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Bien es verdad que en los 40 años que siguieron al fin de la contienda 1939 a 1945, han surgido innumerables y difíciles problemas que siempre se resolvieron con los buenos oficios de funcionarios y políticos de ambos países, anteponiéndose, por encima de todo, la enorme importancia de las relaciones Estados Unidos-Japón para la paz y estabilidad mundiales. Así lo reflejaban, también, las encuestas públicas que, todavía en el año 1982, consideraban a Japón más importante para Estados Unidos que ningún otro país. Pero, la importancia no igualaba al afecto porque las mismas encuestas, realizadas por el Instituto Gallup para el Consejo de Chicago sobre Relaciones Exteriores, entre 1974 y 1991, mostraban que, en el año 1990, Japón ocupaba el lugar 52 —en una escala de 1 a 100, como valor más alto— en el sentir y estima de los norteamericanos, posición a la que había bajado desde el lugar 61 que ocupaba en el año 1986.

Otros datos reveladores. El 71% de los encuestados consideraban a Japón culpable de prácticas comerciales ilícitas comparado con el 40% que así juzgaban a la CE. Y el 60% consideraban a Japón como una seria amenaza económica para los intereses vitales de Estados Unidos. Así fue desapareciendo la comprensión entre Japón y Estados Unidos, y muchos norteamericanos que admiraban a los japoneses por los éxitos obtenidos después de su derrota llegaron a temer que no podría existir nunca una competencia leal entre los dos países por lo que, en *Bussines Week*, de 26 de agosto del año 1991, se calificaba, con referencia a Japón, de «red confabulada de políticos, burócratas, grandes hombres de negocios e incluso gánsteres». Y en 1990, un antiguo secretario de comercio escribía que existía la creciente sospecha de que los productos japoneses habían inundado los mercados norteamericanos apoyados por un sistema comercial ilícito en origen.

Este alarmismo norteamericano se vio contestado por los japoneses, entre los que creció la idea de un trato injusto de Estados Unidos llegándose a afirmar que tras los roces comerciales entre ambos países aparecía como causa un impulso racial, y un ex embajador nipón en Washington afirmaba, en el año 1985, que la causa de que fuera Japón el blanco favorito de Norteamérica entre todos los países del mundo se debía a que el norteamericano siente al japonés como algo diferente a él. El mismo embajador dijo también, en la misma ocasión, que Japón empezaba a reaccionar inamistosamente y a la defensiva.

Las obligaciones de carácter político militar asumidas por Estados Unidos frente al este asiático siguen teniendo gran trascendencia, a pesar de los factores de cambio siguen jugando un papel predominante, particularmente en el noroeste de la zona del Pacífico, región del globo permanentemente inmersa en conflictos y rivalidades, donde a pesar de los progresos obtenidos en los últimos años y del hundimiento de la Unión Soviética, así como de la aproximación política chino-rusa, del nacimiento de una Mongolia democrática y de la admisión simultánea de las dos Coreas en las Naciones Unidas, aún quedan legados del pasado que oscurecen el futuro.

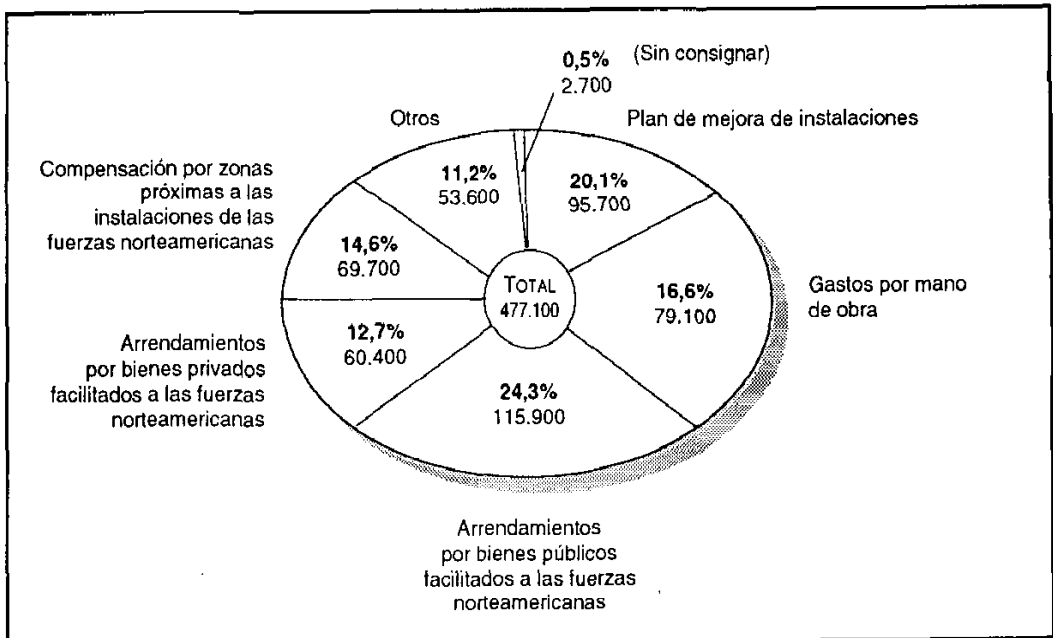
Entre ellos destacan: la posición nortecoreana, con su amenaza de rearme nuclear y programas de proliferación de misiles balísticos de alcance medio junto con su renuncia al Tratado de No Proliferación nuclear; la conservación por lo rusos de las islas septentrionales japonesas desde finales de la Segunda Guerra Mundial, que constituyen el principal escollo para la mejoría de las relaciones entre Rusia y Japón; y la continuidad del régimen comunista chino que, a pesar de los cambios en el sistema comunista chino en su vertiente económica, se resiste a transformarse políticamente, manteniendo una especie de monopolio leninista del poder político.

Frente a esta nueva situación, habrá que esbozar, junto a un nuevo orden económico una nueva estructura de seguridad para el teatro del Pacífico asiático que tengan en cuenta los diversos problemas que presenta la zona, particularmente la necesidad de enfocarlos desde un punto de vista multilateral, olvidando la naturaleza bilateral con que hasta ahora se han tratado y admitiendo que los cambios sufridos imponen tales ajustes.

### **Futura mayor participación de Japón en los asuntos internacionales**

Teniendo en cuenta la gran dimensión alcanzada por Japón como potencia, lo que posibilita una vez que lo decidiera y lograra, llegar a convertirse en una potencia de primer orden en materia militar, no son pocos los que abogan por una mayor participación japonesa en los problemas mundiales. Frente a ellos se encuentran los que sostienen que un Japón más activo alarmaría a vecinos, temiendo un posible resurgimiento de su militarismo tradicional, a pesar de los condicionamientos de tal transformación, que se habría de someter a su armonización con la comunidad internacional y a la obtención de un amplio consenso nacional.

A favor de su mayor participación en el campo internacional aparecen varias circunstancias como han sido el propósito de su hasta ahora mentor político, Estados Unidos, de que Japón reforzará sus instrumentos militares para ser utilizados en un posible enfrentamiento con la Unión Soviética, en apoyo de las tropas norteamericanas estacionadas en bases niponas, para lo cual, en octubre del año 1991, las fuerzas militares japonesas (*Self-Defence Forces*) eran ya de 240.000 hombres, con 1.160 aviones y 211 buques. Además, de otra parte, el gobierno anfitrión de las fuerzas estadounidenses destacadas en Japón, formadas en aquella fecha por 110.600 hombres, 595 aviones y 50 buques de guerra, aumentó muy sensiblemente el apoyo financiero a dichas fuerzas norteamericanas en el acuerdo de ayuda firmado entre Baker y el ministro japonés de Asuntos Exteriores Nakayama, el 14 de enero del año 1991, que hasta ahora venía siendo del 40% aproximadamente, del coste global de tal despliegue y gastos directamente relacionados con el mismo, tales como alojamientos de personal, civil y militar, así como pagos por mano de obra civil empleados en las instalaciones militares, previéndose que, en el año 1995, estos últimos correrán al 100% a cargo de Japón lo que economizará unos 900 millones de dólares al fisco estadounidense, más otros 200 millones, en la misma fecha, y por el mismo porcentaje, como contribución al mantenimiento de las instalaciones militares por electricidad, gas, agua y combustible para usos domésticos. En total, a mediados de la década 1990-2000, Japón hará una aportación equivalente al 50% del coste total del despliegue militar norteamericano en las islas niponas. Esta contribución llegó a ser, en el año 1991, de 477.100 millones de dólares, cuadro 1, p. 58.



**Figura 1.**—Distribución de la contribución japonesa, en el año 1991, a las fuerzas norteamericanas destacadas en las islas niponas (en millones de dólares estadounidenses).

Al mismo tiempo que Estados Unidos veía disminuidos sus recursos financieros, a mediados de los años ochenta, en parte por la enorme cuantía de sus gastos militares en todo el mundo, Japón veía robustecida su posición económica, su competitividad industrial acrecentada y sus exportaciones realizándose a un ritmo creciente, introduciéndose cada vez más en el sistema económico mundial y ocupando una importante posición en el mismo. En el año 1987, la guerra fría empezaba a amainar y, en el año 1990, se daba ya por concluida con la desintegración, al año siguiente, de la Unión Soviética, y del fin del orden mundial bipolar, sin ser sustituido por ningún otro, pero quedando bien claro de manifiesto que el nuevo orden futuro habrá de ser multicéntrico, donde todas las grandes potencias, Japón incluido, tendrían algo que decir y donde muchos dirigentes mundiales harán oír su voz.

Desaparecida la amenaza soviética, el poder militar ha dejado gran parte de su posición al poder económico. Por ello, pocas naciones están en mejor lugar que Japón para afrontar los problemas creados por la economía mundial, que se verá impulsado por otras naciones a asumir responsabilidades universales, particularmente tras la pérdida de competitividad industrial norteamericana, así como de soporte financiero mundial, más aún por el hecho de que los recursos económicos europeos están consagrados a sus problemas nacionales.

También cuenta en esto la presión interior japonesa, que aspira a que su país sea aceptado más ampliamente en la comunidad internacional, cuya presencia ya es reconocida como miembro de la UNESCO, GATT, ONU y OCDE así como en su influencia creciente en el Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial, donde su participación de capital ha subido, del año 1952 (2,77%) al año 1987 (6,69%), sólo superada por Estados Unidos.



Otra manifestación en su interés en lograr un puesto destacado en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Estos movimientos que propugnan un mayor protagonismo internacional no se realizan sin obstáculos que se oponen al fin pretendido. Por ejemplo, es conveniente recordar la mala imagen que había dejado Japón como país agresor e imperialista para comprender que países vecinos, tales como las dos Coreas, China, Filipinas, Singapur, Malasia y Hong Kong miran con recelo la creciente influencia de Japón, temiendo que su predominio económico se torne en militar. Y no es que hagan protestas oficiales contra esta temida posibilidad, pero las murmuraciones extraoficiales abundan y las quejas se multiplican por diversos motivos:

1. La preocupación manifestada por varios periódicos regionales ante la visita del primer ministro japonés Nakasoni, en el año 1985, al santuario Yasukuni, rindiendo homenaje a los caídos en la guerra, incluyendo a los criminales de guerra.
2. La decisión japonesa, del año 1986 de construir un caza avanzado, el FSX, con medios nacionales.
3. Los crecientes gastos japoneses de defensa, superando el 1% del Producto Interior Bruto (PIB) del año 1987; la decisión japonesa de enviar minadores al golfo Pérsico, en el año 1991.
4. Los recientes intentos de aprobar, legislativamente, el envío al exterior de contingentes militares nacionales.

La misma reserva expresan las potencias que se encuentran fuera de la región, particularmente las que fueron vencedoras en la pasada contienda, que no pueden dejar de reconocer que la contribución japonesa a la ONU ha aumentado a un ritmo más rápido que las de aquellas potencias, con el resultado de su mayor influencia en los debates del organismo internacional y su postura negativa a discutir la cuestión del nombramiento de Alemania y Japón como miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Particularmente, resulta paradójica esta postura en Estado Unidos, que viene propugnando que Japón asuma una mayor responsabilidad en su contribución a los gastos generales de defensa.

Esta oposición también encuentra seguidores en el interior del país nipón, lo que hace que enfrentada con los que desde el exterior persiguen una mayor intervención, obligue a Japón a seguir una política de cal y otra de arena, huyendo de una nitida decisión unívoca, como en el caso de la vacilante postura adoptada en la reciente guerra del Golfo.

Frente a las actuales relaciones de Japón con la Comunidad de Estados Independientes (CEI), el Gobierno de Kiichi Miyazawa, en noviembre del año 1991 consistió en desligar la ayuda económica a la entonces Unión Soviética de la devolución de las Kuriles, para volver a relacionarlas, el 17 enero del año 1992, una vez caído Gorbachov, por boca de su ministro de Asuntos Exteriores, Hideo Watanabe quien, simultáneamente prometió una ayuda de 50 millones de dólares. Sin embargo, a medida que ganaba ritmo creciente el movimiento de ayuda universal económica a la CEI, no insistía en esta postura negativa cuando tres días más tarde, ante la Dieta japonesa, afirmaba que esperaba que el problema de los territorios del Norte pudiera resolverse lo más rápidamente posible mediante la conclusión de un tratado de paz, al mismo tiempo que prometía cooperar con la comunidad internacional en la concesión de ayuda a la CEI. De todas formas, no parece haber concordancia entre las palabras oficiales y los hechos, que denotan una patente falta de generosidad pues, a finales de enero del año 1992, la ayuda global nipona, humanitaria y tecnológica, a la CEI sólo alcanzaba 90 millones de dólares o sea 1/24 del

total de los países europeos mientras la ayuda financiera era de 1/13 de la de éstos y menor aún que la concedida por Corea (2.730 millones de dólares, frente a los 3.250 millones de éste). Por su parte, Miyazawa, el 31 de enero, decía a Bush lo difícil que era vencer el sentimiento japonés en relación con las Kuriles, solicitando del presidente norteamericano que presionara sobre Moscú para lograr su devolución.

Sobre el mismo tema, la reunión mantenida los días 10 y 11 de febrero, en Moscú, presidida por los ministros adjuntos de Asuntos Exteriores de ambos países, no produjo nada de particular para los japoneses, prometiéndoles sólo las islas meridionales de Habonai y Chikotan, a la firma de un tratado de paz. Poco más se han avanzado hasta el día de hoy, confirmación de que no debe confundirse la lógica económica con la lógica política, lo que además sería muy peligroso para el presidente de la CEI, en el plano interior, dejarse manipular por Japón, cuya opinión pública, de otra parte, se siente relativamente indiferente ante este problema. En este caso, la diplomacia nipona sigue el juego del «todo o nada», ya que lo que gane Japón en el plano político es lo que perdería Rusia en el mismo orden, sin haber unos intentos por equilibrar adecuadamente lo que podrían ganar y perder ambas partes. Con ello no hace más que manifestar su incapacidad para adaptarse, con flexibilidad, a la coyuntura mundial en plena evolución. Y es que Japón parece querer aprovechar la situación de debilidad de Rusia, política y económicamente, para lograr sus objetivos tradicionales y beneficios coyunturales de penetración, así como posiciones dominantes en el Extremo Oriente ruso.

Así, en lo que respecta a la explotación de nuevos yacimientos petrolíferos en Sajalin, existían seis grupos internacionales tras la concesión de los derechos, de los cuales solamente dos no incluían participación japonesa. Estos eran Mobil Oil y el dirigido por el coreano Hyundai, que también comprendía intereses australianos. Finalmente, la concesión fue para el grupo dirigido por Mitsui, con los norteamericanos McDermot y Marathon Oil, que se impuso al grupo japonés formado por Exxo y Sodecco, que se había comprometido a contribuir con 30 millones de dólares a la renovación de escuelas y hospitales de la isla. Pero, pronto los japoneses empezaron a presionar para que se asociara también al grupo Exxo y Sodecco al proyecto, buscando favorecer el nacimiento de un polo de poder local económico que pudiera integrarse en un plan regional que tuvieran en sus manos.

Otro ejemplo típico de este comportamiento sobre integración en Extremo Oriente ruso se tiene en el asunto del envío de 700.000 tm de conducciones para los campos petrolíferos rusos, en que participa la flor y nata de la siderurgia nipona, y gran intervención gestora de los órganos del Estado japonés.

Basta con añadir el caso del proyecto de desarrollo de la desembocadura del río Tyumen, donde se encuentran las fronteras de Corea, China y Rusia, equidistante prácticamente de Pekín, Seúl, Tokio y Jabarovsk, según el cual, con una inversión de 30.000 millones de dólares se intenta crear un complejo que acoja a 500.000 personas, con centro ferroviario, aéreo y portuario, que convertirá a la región en un complejo capaz de rivalizar con Rotterdam y Hong Kong, y que no dejará de interesar a Japón. El proyecto Tyumen pondrá a prueba la voluntad japonesa de emplear su capacidad tecnológica y económica como contribución a un nuevo orden que contribuirá a la paz global y creciente interdependencia entre las naciones, olvidando el sistema seguido hasta ahora de dividir para penetrar.

## La situación en la península de Corea

El problema que presenta Corea es uno de los más graves del noroeste del Pacífico y exige considerarlo:

1. Desde la relación entre los dos Estados coreanos actualmente existentes.
2. Desde el punto de vista de las tres potencias —China, Rusia y Japón— que vienen enfrentándose desde la época imperial decimonónica por lograr la hegemonía sobre la península de Corea, a las que ahora se suma Estados Unidos.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, los pueblos del norte y sur de la península, aun sintiéndose parte de una misma nación, temen recíprocamente un ataque y desconfían del otro, por lo que sus dirigentes se preocupan, fundamentalmente, de captar el mayor número posible de aliados. Las potencias extranjeras han venido distrayéndose de las realidades regionales y locales frente al magno problema de la confrontación a nivel superpotencial mientras que, ahora, desaparecido el antiguo orden, lo que preocupa es conseguir una relación estable en el noroeste del Pacífico entre las cuatro potencias interesadas en la región, sin dejar de tener en cuenta que la estabilidad zonal pasa por los distintos puntos que afecta al conjunto.

La partición de la península coreana es uno de los muchos martirios sufridos a través de los siglos a manos extranjeras, lo que ha hecho nacer un marcado nacionalismo. Liberada de Japón en el año 1945, fue dividida por norteamericanos y soviéticos con predominio sobre cualquier otro interés de sus conveniencias políticas militares, perpetuándose a causa de la guerra fría, surgida a continuación. Por tanto, el objetivo de la reunificación es una idea que, ligada al orgullo nacional, forma parte de su reacción contra la ingerencia del extranjero. Aún así se ha visto dificultada, en los últimos años, por la hostilidad recíproca entre los dos regímenes políticos establecidos, acuciada más aún por el fenómeno de la guerra entre el norte y el sur.

La reciente admisión, en septiembre del año 1991, de las dos Coreas en las Naciones Unidas, como culminación de los últimos cambios en el panorama internacional y asiático, ha impuesto nuevamente el tratamiento del tema de la reunificación.

Nadie duda de las ventajas de la reunificación para los dos regímenes actuales coreanos dado que el nuevo país se asentaría sobre un territorio que sería equivalente a las 3/5 de Japón, con unos 70 millones de habitantes y un PIB que le situaría el undécimo lugar de la escala mundial; se vería menos dependiente del comercio exterior y con un mercado interior duplicado; y se eliminaría una confrontación nacional que requiere el empleo bajo las armas de 1.500.000 de hombres que se podrían emplear en mejorar el estilo de vida, utilizando sólo los que exigiera la defensa de unas fronteras más reducidas.

Estas consideraciones claramente comprensibles siempre han sido válidas, pero de nada sirvieron ante la actitud de ambas partes, empeñadas en considerar a la otra como ilegítima y dominar sobre la totalidad de la península, y ante la actitud hostil de las alianzas internacionales que sólo aceptaban la reunificación si se traducía en su beneficio particular.

La geografía ha situado a Corea entre tres grandes potencias y frente a una cuarta sin contacto físico con ella, pero tan interesada como las otras tres en la zona, cuyos datos militares actuales, excepto los de Rusia, que no se dan por ser actualmente desconocidos, cuadro 1, p. 62.

**Cuadro 1.—Datos militares.**

<i>País</i>	<i>Efectivos militares (en miles)</i>	<i>Presupuesto de Defensa (en miles de millones de dólares estadounidenses)</i>	<i>Buques de guerra</i>	<i>Aviones</i>
China	3.303	7	148 (a)	5.360 (f)
Estados Unidos	2.118	292	347 (b)	6.373 (g)
Japón	249	28	79 (c)	1.680 (h)
Corea del Norte	1.111	4	27 (d)	796 (i)
Corea del Sur	750	10	37 (e)	503 (j)

*Fuente:* IISS de Londres. *The Military Balance 1990-1991.*

a) 93 submarinos, 18 destructores y 37 fragatas.

b) 127 submarinos, 14 portaaviones, 4 acorazados, 43 cruceros, 59 destructores y 100 fragatas.

c) 15 submarinos, 6 destructores y 58 fragatas.

d) 24 submarinos y 3 fragatas.

e) 3 submarinos, 9 destructores y 25 fragatas.

f) 120 bombarderos pesados, 350 bombarderos ligeros, 4.500 cazas y 290 aviones de reconocimiento. No se incluyen 600 transportes ni helicópteros.

g) 1.554 de la Marina, 503 de Infantería de Marina, 696 del Ejército de Tierra, 3.620 de las Fuerzas Armadas, aparte 8.705 helicópteros y transportes.

h) En los cuales se incluyen: 411 helicópteros, 105 helicópteros antisubmarinos y 365 cazas.

i) 716 aviones de combate y 80 bombarderos. No incluidos 297 helicópteros y 280 transportes.

j) 469 de las Fuerzas Armadas, 10 del Ejército de Tierra y 24 de la Marina. Aparte 83 helicópteros armados y 44 transportes.

Según la misma fuente, los de las fuerzas norteamericanas que componen el mando del Pacífico, cuadro 2.

Al mismo tiempo, esta cuarta potencia, con su presencia constante desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial es considerada por los radicales nacionalistas coreanos como el poder neoimperialista por antonomasia, que pretende ejercer su dominación militar, política y económica.

Actualmente, la lucha entre los países señalados ha perdido parte de su naturaleza militar, pero ha ganado en el terreno económico como consecuencia del cambio operado en este rincón noroeste del Pacífico.

**Cuadro 2.—Datos militares.**

<i>Medios</i>	<i>Japón</i>	<i>Corea</i>	<i>Guam</i>	<i>Océano Índico</i>	<i>TOTALES</i>
Efectivos	46.000	36.400	18.400	9.800	110.600
Carros	70	134	—	—	204
Vehículos acorazados	208	311	—	—	519
Aviones tácticos	250	250	—	80	280
Bombarderos	—	—	15	—	15
Buques de guerra	20	—	10	20	50 (a)

a) Incluidos 2 portaaviones y 15 submarinos.

Los intereses de los países extranjeros que se manifiestan en esta región se pueden resumir así:

Primero: el de Estados Unidos se centró en la necesidad de asegurar a Corea del Sur y al mismo Japón contra la amenaza comunista y aunque, después del año 1947, la percepción de este peligro se centró más intensamente sobre Europa, el intento de reunificación emprendido por Corea del Norte, en el año 1950, implicó de lleno a los norteamericanos en los destinos de la península, al considerar el ataque como parte de un plan soviético de dominación mundial, que se dispuso a afrontar. Posteriormente, Corea del Sur se ha ido convirtiendo, poco a poco, en un cliente importante del sistema comercial norteamericano, tanto como consumidor como en calidad de proveedor, reflejado en los 20.000 millones de dólares anuales de mercancías norteamericana que absorbe el mercado surcoreano; en la inversión de 5.000 millones de dólares estadounidenses en préstamos; y en la contribución surcoreana de 2.000 millones de dólares anuales a los costes de la presencia militar estadounidense. Pero, todo el sistema de relaciones coreano-norteamericanas ha estado dominado por la seguridad, y aunque Estados Unidos ha ido cediendo gradualmente, la postura defendida por Corea del Norte de que el problema de la reunificación es un asunto exclusivamente coreano, sin injerencias extranjeras, desde el año 1970 incitó al sur a dialogar con los norteamericanos, si bien hasta el año 1988 no renunció al contacto diplomático directo con los nortecoreanos.

Ya, en enero del año 1991, la postura de la diplomacia norteamericana manifestada, se expresó diciendo —*U.S. State Department Despatch 2*, de 11 de febrero de 1991— que Estados Unidos estaba resuelto a dar una alta prioridad al mantenimiento de la seguridad y bienestar económico de la República de Corea, siendo objetivo central de la política norteamericana forjar un nuevo sistema de seguridad y asociación económica con Corea del Sur, al mismo tiempo que se estimularía el diálogo y la reconciliación entre norte y sur, en parte urgiendo al norte que no buscara el autoaislamiento y la confrontación. Y se añadía que Estados Unidos pretendía lograr la reunificación en una forma aceptable para todos los ciudadanos, pretendiendo se llegara a un desarrollo de la península como parte integral del naciente orden internacional y como fuerza dinámica del Pacífico.

Segundo: Corea viene siendo importante para China desde hace 2.000 años como factor de seguridad de su frontera septentrional, y aunque Rusia ha sustituido a los antiguos enemigos la amenaza potencial sigue existiendo, asegurando China que Rusia adquirió ilegalmente su provincia marítima, que bordea Manchuria y Corea del Norte, y que habría de ser de gran importancia para su desarrollo económico así como futuro punto de fricción que podría afectar a Corea.

Corea estuvo gran parte de su historia subordinada al emperador chino, aunque conservando cierta autonomía, por lo cual nació una sensible influencia de China sobre la política y cultura coreana. Tras la Segunda Guerra Mundial, bajo Chiang-Kai-Shek, se mantuvo el interés sobre Corea a la cual se enviaron tropas aguerridas en los años del ataque del año 1950 del norte al sur, incrementadas por una intervención masiva posterior. Y hasta 1989 la ayuda comercial adquirió igualmente cierta importancia, pudiendo decirse lo mismo de la ayuda ideológica.

Teniendo en cuenta la decisión de China de asociar la reforma económica a la continuidad del sistema político comunista, se puede comprender que también se oponga a toda

unificación de las dos Coreas, que haría desaparecer el régimen político de la parte norte, aunque simultáneamente mejoraran las relaciones con el sur. También viene buscando una eliminación de la tensión existente en la región, apremiando a Corea del Norte para su apertura a las inversiones y al comercio internacional, siempre salvaguardando al sistema contra los posibles intentos de influir a través de tales medidas. En conclusión:

1. Los propósitos chinos buscan no sólo el establecimiento de un sistema de coexistencia pacífica entre los dos regímenes, norte y sur, sino también reducir la influencia de las demás potencias de la región, o al menos, controlar y neutralizar esta influencia, aunque quizá prefiere más bien el equilibrio que la eliminación de tal influencia.
2. Si se llegara a establecer un sistema de convivencia en la península, del que naciera un equilibrio de fuerzas entre los dos Estados, probablemente, Pekín insistiría en una reducción gradual de las fuerzas norteamericanas en el sur, confiando así en reducir la dependencia que la parte norte aún tiene de Rusia.

Tercero: Japón ha apoyado la independencia del sur, sin excluir del mismo derecho al norte, con el que ha mantenido contacto a nivel extraoficial, dada la reconocida importancia de la península, expresada una vez más en el comunicado emitido tras la reunión del primer ministro japonés Eisaku Sato, en el año 1969, con Nixon, también entonces presidente, mediante la llamada «cláusula coreana». El primer ministro señaló que la seguridad de Corea era pieza esencial para la seguridad japonesa. Y esto hasta tal punto que las simpatías de algunos grupos japoneses con la parte norte de Corea ha complicado el problema de conjunto, pues el actual partido democrático japonés, antes socialista de orientación marxista y apoyo masivo de la población, se opone al reconocimiento del sur y apoyaba la fórmula norteña de reunificación mientras, de otra parte, existió siempre en Japón una comunidad de unos 700.000 norcoreanos dispuestos a hacer propaganda y actos subversivos contra el sur.

Entre los años 1972 y 1974, años de la Administración Takeo Miki, Japón se movió equidistantemente de ambas Coreas, motivado por el régimen represivo sureño, pero, más tarde, por razones económicas y de seguridad, volvió a inclinarse a su favor, con lo cual continuaba la línea adaptada tras el tratado de 1965 de normalización de relaciones con Corea del Sur, que aseguró a ésta créditos japoneses por un montante de 800 millones de dólares y, en el año 1983, un conjunto de 4.000 millones de dólares, también en ayudas diversas, siendo hoy día el mayor inversor extranjero en Corea del Sur.

También el norte empezó, en el año 1990, a cultivar a Japón como posible fuente de ayuda económica, tecnológica y financiera, aunque sin resultados muy visibles hasta el presente, si bien se espera que se llegue a unas inversiones semejantes a las efectuadas en el sur, sin olvidar la mayor importancia que éste presenta para Japón.

Respecto al futuro inmediato, muchos coreanos sospechan que Japón no apoya la reunificación en la península, que sería más difícil de influenciar y un mayor competidor económico, sin que haya mucha base para sostener esta afirmación en el comportamiento oficial japonés. Ciertamente, aun deseando una disminución del nivel de tensiones en la zona, algunos japoneses podrían estar temerosos del posible surgimiento de unas Fuerzas Armadas reunificadas, mientras, de otra parte, los surcoreanos se han manifestado ya contra la ampliación de las fuerzas militares japonesas actuales o de sus misiones en la región. En general, puede afirmarse que no hay postura oficial japonesa sobre la reunificación, en parte quizá por la continuada existencia de una sensibilidad coreana contra

el antiguo ocupante, pero los japoneses no se opondrían a ella porque el choque psicológico produciría esta actitud en las relaciones con países directamente interesados.

Concluyendo, se repite que el empuje a la reunificación debe proceder de ambas Coreas, contando a lo sumo con el apoyo de las potencias del noreoeste del Pacífico, a las que habrá de convencer de que una Corea reunificada va en beneficio del futuro de la seguridad de la península, algo de lo que ya están convencidas. A lo más habrá de tenerse en cuenta diversos puntos que afectan a la seguridad, tales como: reducciones de fuerzas; limitación de los efectivos estacionados en la península; prevención de ataques por sorpresa; prevención de accidentes en aguas o espacios internacionales; prohibición de importaciones de cierto tipo de material militar; verificación del cumplimiento de acuerdos de control de armamentos, etc.

De las causas de la tensión que subsiste en la península coreana, tales como la confrontación ideológica entre ambas partes que más la sufren; la continuada rivalidad de los centros políticos, norteño y sureño, en busca de la hegemonía, legitimidad y prestigio, el alto nivel de preparativos militares a ambos lados de la zona desmilitarizada; y la desconfianza de todos, los de dentro y fuera de la zona, en todos, la más sensible sigue siendo el de la confrontación ideológica a la que están ligados firmemente los intereses de las partes y que tienen sus respectivos apóstoles en Estados Unidos y China comunista, que son quienes tienen que conseguir bajar el tono de la confrontación, olvidándose de posturas emocionales y apoyándose en la objetividad de las realidades. La reciente entrada de ambas Coreas en las Naciones Unidas ofrece una oportunidad para ampliar los contactos y contrastar constantemente las fórmulas que puedan ofrecerse o, por el contrario, para ampliar el campo de competición recíproca en una búsqueda de votos y deslegitimación de la otra parte.

Ambas Coreas tienen a su favor sólidos incentivos económicos para reducir las cargas económico-militares, si bien la parte norte podría temer que, a la larga, perdiera posiciones frente al sur, con mayor población y poder económico, temiendo además un empeoramiento de su posición creada por las nuevas exigencias china y rusa de pagos en divisas fuertes y al contado de las importaciones, aunque esto quizá afecta menos a los armamentos. Además, con el 50% de su población útil cumpliendo el servicio militar, se vería en una difícil situación de reajuste económico si ahora empezara a desmovilizar masivamente.

### **China: otra potencia emergente en el noroeste del Pacífico**

Otro país que surge a ritmo lento, pero firme, de las aguas y tierras del Pacífico noroccidental es China, que se presenta ya como una de las principales potencias de la región, no sólo por sus 1.200 millones de habitantes sino por su arsenal nuclear, sistema industrial y económico, sin que se pueda dudar de su potencial militar.

Actualmente, China aparece con más estabilidad que el pasado año, pero sigue siendo una incógnita su futuro inmediato para el momento cercano en que desaparezca su hombre fuerte Deng Xiaoping, de 89 años de edad, el viejo dirigente que desde bastidores domina la escena china y que, en una segunda vuelta al poder, oficializada por el XI Congreso del Partido Comunista chino, celebrado en agosto del año 1977, fue puesto a la cabeza de la organización, junto con el mariscal Ye Jianying y Hua Guofeng, que cederá

su puesto al primero, desde diciembre del año siguiente, para desaparecer por completo del escenario. Desde entonces, la posición de Deng Xiaoping no se ha visto discutida, aunque actuando siempre desde la sombra. En el XIII Congreso, de otoño del año 1987, y en el último, el XIV, celebrado en octubre del año 1992, se ha sancionado la política reformista de Deng Xiaoping de «construcción del socialismo con características chinas» y reconocido la necesidad de «establecer un sistema de economía de mercado socialista»; es decir, de introducir modificaciones en el mercado socialista sin admitir cambios en el sistema político marxista.

Otra de las notas destacables del mundo chino, aparte la invariabilidad del sistema político es la reaparición de las Fuerzas Armadas en la arena política, retiradas de ella desde hace una década, jugando nuevamente un importante papel como es el garantizar el proceso de sucesión política, como resultaron decisivas en la transición a la era posmaoísta, arresto de la «banda de los cuatro» y vuelta de Deng al poder. Así, ahora también los altos mandos militares resultarán factor decisivo para decidir quién sucede a Deng y al grupo de octogenarios que colectivamente gobiernan China actualmente así como en la adopción del programa político que se aplicará.

En este grupo, la figura central del equilibrio cívico-militar es el presidente del país, general Yang Shangkun, quien personifica al político soldado en la actualidad. Veterano de la Larga Marcha, Yang ha venido ocupando puestos en instituciones políticas y militares desde el año 1949, habiendo mandado el Segundo Ejército. Su relación con Deng arranca de los años treinta, cuando trabajaban en la base aérea de Jiangxi. Actualmente tiene 85 años y es la figura militar del régimen, apareciendo como sucesor de Deng cuando éste deje sus responsabilidades, esperándose que actúe como lo ha venido haciendo éste: desde bastidores.

Yang cuenta con el apoyo de su hermanastro Yang Baibing de 72 años de edad, miembro del Secretariado del Comité Central y jefe del Departamento Político de las Fuerzas Armadas, habiendo dirigido la campaña de indoctrinación ideológica, después de Tiananmen; la más intensa llevada a cabo en las Fuerzas Armadas desde la época 1959 a 1971, que persiguió la plena lealtad militar al partido.

Junto a los hermanos Yang, aparecen como militares prominentes en el actual equilibrio cívico-militar el ministro de Defensa Qin Jiwei; el jefe del Estado Mayor general Chi Haotian; el jefe de la División de Logística Zhao Nanqi. El jefe del Estado Mayor general Chi Haotian es relativamente joven, con sus 63 años de edad, y podría ser designado jefe del Comité Central Militar, para ser relevado por He Pengfei, de 48 años de edad y yerno de Deng Xiaoping, así como hijo del marsical He Long. También hay indicios de que el ministro de Defensa Qin Jiwei perdió el favor superior en el año 1989 por lo que cesará pronto en su puesto, siendo candidatos para relevarle Yan Baibing, Chi Haotian o Zhao Nanqi. Esta situación, caracterizada por una política de facciones y la ausencia de una sucesión institucionalizada, y en conflicto sobre la futura política, pone de manifiesto que Deng no ha conseguido transformar el sistema político de China, a pesar de los reconocidos progresos logrados en otros sectores. Es decir, se está ante los mismos problemas que caracterizaron el final de la época maoísta, sobre los cuales bastante dicen que un anciano de 89 años pueda tener la reponsabilidad de su gestión.

Dejando a un lado esta incertidumbre sobre la continuidad de la política china y a la espera de los que depare el próximo Congreso del Partido, lo cierto es que el *boom* económi-



co del Lejano Oriente también se ha producido en China, a pesar de las enormes deficiencias que aún se observan. Así en el año 1960 el sistema concedió a la antigua Unión Soviética 1.000 millones de francos suizos en créditos comerciales, y en febrero del año 1962 contaba con 43.000 millones de dólares norteamericanos en reservas de cambios. De 1984 a 1990, el crecimiento anual de la economía de la república fue del 9%, cuatro veces superior a la de Filipinas, y siendo superada solamente por Corea del Sur, entre las principales estructuras económicas asiáticas. No obstante, puede decirse que China sigue siendo una sociedad agrícola, donde el PIB continúa siendo bajo, donde la inflación estaba situada entre un 10 y un 15% a principios del año 1988, que llegó a alcanzar el 26% en diciembre de dicho año, aunque después de Tienanmen, cuando en el año 1991 la inflación sólo ha sido del 3,4% la suspensión de los programas de ayuda y préstamos occidentales a China obligó a interrumpir los gastos innecesarios en divisas extranjeras y a restablecer el orden económico interno, deteniendo la inflación, lo que ha contribuido a la caída de un 22% en las exportaciones norteamericanas a China y a un aumento del 27% de las exportaciones chinas a Estados Unidos, que han dado origen a un superávit chino frente a Estados Unidos cifrado en 2.800 millones de dólares, en el año 1987, que se elevó a 10.400 millones de dólares en el año 1990, y superior a 15.000 millones en el año 1992.

En el año 1991, China firmó acuerdos con empresas extranjeras que suponen un total de 17.800 millones de dólares en inversiones; es decir, un incremento respecto al año 1990 del 47%, entre los que se encuentran la construcción de una fábrica IBM, en Pekín; de Motorola, en Tianjin; y de General Motors para la fabricación de camiones en Manchuria.

En los años 1990 a 1992, ya se vio el efecto de las primeras iniciativas de ciertas reformas económicas, tales como:

1. Las diversas devaluaciones de la moneda china, para traerla a un nivel más cercano a la realidad del mercado (en julio del año 1986, el cambio era de 3,71 yuans por dólares norteamericanos, que pasó en diciembre a 4,71, y en noviembre del año 1987 a 5,21 por dólares, y que desde entonces ha variado ya poco).
2. Una política de elevación de precios con la misma finalidad.
3. Los incrementos en el coste de la vivienda.
4. La apertura de ciertas bolsas de valores bursátiles, aunque con restricciones y limitaciones, para su uso por adquirientes extranjeros.
5. La promulgación de una nueva ley de propiedad intelectual que produjo sus resultados cuando se legó a un acuerdo chino-norteamericano en los sectores farmacéutico literario, artístico y técnicas menores.

El problema que presenta la amenaza más inmediata para la estabilidad económica del país son las pérdidas continuadas de muchas empresas estatales, calculándose que, el año 1991, el 36% de ellas tuvieron déficit cuya cobertura absorbió hasta el 13% de los presupuestos del Estado. El número total de empresas de propiedad estatal es relativamente reducido —de 105.000 frente a los 18 millones de empresas rurales— y son el sector más importante de empleo de mano de obra, empleando, en el año 1991, un total de 106 millones de obreros, o sea el 18% del total de asalariados y el 70% de la mano de obra urbana. En el año 1990, estas empresas poseían más del 65% de los capitales fijos del país, produjeron el 55% del valor bruto de la industria, realizaron más del 80% de los transportes y aportaron más del 60% de las rentas del Estado. El primer ministro

Li Peng, el 20 de marzo del año 1992, pidió la revitalización de las empresas estatales mediante una reducción de la ingerencia gubernamental, un mayor juego de las fuerzas del mercado, perfeccionamiento de los métodos y medidas de gestión, y aplicación de tecnologías de mayor rendimiento.

En mayo del pasado año 1992, el Servicio Estatal de Estadística preveía una confirmación o empeoramiento de la indicada ineficacia, situando en un 18% el aumento en la producción industrial respecto al año 1991 mientras la industria estatal sólo fue del 8%, cuando las inversiones en ésta de capitales fijos fueron superiores al 38%, superando considerablemente las previsiones gubernamentales que habían sido del 8%.

A la vista de lo expuesto, si bien China ofrece mayor estabilidad que hace un año —el PIB ha crecido un 7%, el industrial un 12,9%, y el comercio exterior un 17,5%— la cuestión de cuándo desaparecerá Deng Xiaoping y por quién, y cómo, será sustituido sigue siendo la incógnita del futuro inmediato del país, necesitado de una fuerte dirección para resolver los problemas más acuciantes, entre ellos la inflación y la gestión de las empresas estatales.

Por el momento, el tono del sistema político chino sigue y seguirá siendo reformista en lo económico y conservador en lo político, bajo dirigentes octogenarios, responsables de la masacre de Pekín, sospechosos de cualquier liberalismo y de la cultura occidental, que han deducido del ejemplo de la Unión Soviética el peligro de embarcarse en reformas de importancia. No permitirán ninguna agresión a las reglas comunistas y están dispuestos a usar la fuerza para impedirlo. Sin embargo, no está tan claro que la próxima generación sea tan intolerante con los disidentes como sus antecesores; atención pues a los nombres de Li Peng, primer ministro; Qiao Shi y Li Tieyine, miembros del Politburó; y Li Ximing, alcalde de Pekín.

### **Las relaciones chino-rusas**

Desde el punto de vista de la seguridad, ya no existe el antiguo sistema de equilibrio, barrido por el derrumbamiento soviético, y los chinos no tienen que estar ya preocupados por una posible *blitzkrieg* desencadenada desde las estepas septentrionales ni por la presencia de una flota en el Lejano Oriente. Pero, en cambio han aparecido nuevas posibilidades de tensión en otras partes del sistema regional, como en el triángulo Washington-Tokio-Pekín, donde China y Japón pueden surgir como rivales regionales, ambas preocupadas por el mutuo resurgir de su fuerza, y en cuyas relaciones las pretensiones sobre las islas Diaoyutai, en el mar Oriental de la China, representan una potencialidad de conflicto. De otro lado, China tiene un interés peculiar por la península coreana y viene actuando abiertamente a favor de la reunificación, lo que no es de extrañar pues una Corea unificada y desmilitarizada podía contribuir al desarrollo de las regiones de la Manchuria china, particularmente de la zona de la cuenca del Tyumen, aparte conseguir la retirada de las fuerzas estadounidenses del territorio actualmente surcoreano que, si bien en el pasado inmediato han servido para contener el expansionismo soviético y el aventurismo norcoreano hoy, su continuada presencia, sirve a los intereses chinos contra el militarismo japonés. En cualquier otra parte, del noroeste del Pacífico, la presencia militar norteamericana pone freno a las posibles ambiciones militares chinas.

En sus relaciones con el antiguo imperio soviético el comercio entre China y la Unión Soviética se amplió rápidamente, pasando el montante de cambios de cifrarse en 363 millones de dólares, en el año 1982, a 1.200 millones de dólares en el año 1985, y a 2.630 millones de dólares en el año 1986, con crecimientos más modestos a partir de esta fecha, a causa de las dificultades económicas interiores en los dos países: así, los cambios, en el año 1987, llegaron a 2.950 millones de dólares (+ 12%), a 3.000 millones de dólares en 1988 (+ 1,7%), a 3.700 millones de dólares en 1989 (+ 23,3%) y a 3.900 millones, en el año 1991 (+ 5%). Desde diciembre del año 1991, China ha dado pruebas de una gran realismo, siguiendo con Rusia una política de adaptación al momento histórico, sin que los protagonistas chino-rusos hayan redefinido claramente la naturaleza de sus relaciones bilaterales, siendo variados los factores que contribuyen a la existencia de una gran ambigüedad entre ambas partes, como son: la precariedad de poderes de una y otra parte; las diferencias de orientaciones interiores y, en no menor grado, la existencia en Rusia de una clase política partidaria y otra contraria a la aproximación a China. Sin embargo en el terreno de la seguridad y de los intercambios económicos existe la decisión de desarrollar nuevas relaciones, presididas por un gran realismo.

Las bases de las relaciones chino-soviéticas ya aparecieron en las declaraciones comunes de 18 mayo del año 1989 y 19 mayo del año 1991 discutiéndose durante todo el año 1992 las correspondientes al diálogo chino-ruso teniendo en cuenta el alejamiento ideológico de los dos países y las diferencias de opinión sobre determinados puntos, que no convenían ocultar. Así, se han logrado acuerdos o progresos sensibles en materia de:

- Seguridad, ratificándose, en el año 1992, el texto de 16 de mayo del año 1991 sobre el sector oriental de la frontera chino-rusa, quedando por resolver algunos litigios de cierta importancia sobre la confluencia del Amur y del Usuri, dando con ello una muestra de comportamiento ejemplar, pues mientras ambas partes se han mostrado intransigentes con los japoneses sobre ciertos contenciosos territoriales (islas Tiaoyudait y Kuriles) y sobre las islas del mar de la China Meridional, en el caso de los ríos Amur y Usuri se ha puesto un gran empeño en llegar a acuerdos de principio.
- Reducción de fuerzas en las regiones fronterizas, manteniéndose las promesas hechas, del año 1991, por Gorbachov, incluyendo la retirada de tropas rusas de Mongolia, aunque los rusos desean conservar tropas cerca de la frontera, invocando la ausencia de profundidad, las condiciones naturales más difíciles y la vulnerabilidad de la estructura de Siberia y Extremo Oriente. El diálogo se ha calificado, por ambas partes, de constructivo.
- La venta de armas a China, calificada por el Ministerio ruso de Asuntos Exteriores como medio de reforzar la confianza mutua, creando las circunstancias para fomentar los contactos militares. En el año 1992, ha habido intercambios de misiones, visitas, entregas de equipamiento y firma de nuevos acuerdos, y en mayo de este año se creó en Pekín, con presupuesto de 2.000 millones de dólares una delegación para la adquisición de equipamiento ruso, que ya ha hecho pedidos de aviones de interceptación SU-27, en parte entregados, mientras se habla de negociaciones para adquirir aviones M-31 y material de defensa antiaérea, como radares y misiles.

Así, aunque sea prematuro hablar de una aproximación estratégica entre los dos países, este posible refuerzo del arsenal chino por los rusos, que provoca inquietudes en otros países, dio lugar a que el ministro adjunto de Defensa ruso, Kokoshin, en su visita a Pekín, del 9 al 15 de octubre, manifestara su complacencia por el aumento de la creciente variedad de la cooperación militar.

## Mongolia

Un país con presencia problemática en la región que nos ocupa es Mongolia, dado el interés encontrado puesto en ella, históricamente, por Rusia, China y Japón que, en el año 1989, fue la primera república soviética en romper la tutela impuesta por la Unión Soviética, y que hoy desea integrarse en la zona de desarrollo del noroeste del Pacífico, esperando llegar a convertirse en un nuevo dragón económico. Mientras lo logra, siguen en pie las tensiones que proceden de un lejano pasado.

En marzo del año 1992, su primer ministro declaraba en *Izvestia* que se abandonaría el marxismo, subordinando la marcha del país a su despegue económico, al mismo tiempo que la democratización de la sociedad se acompañaría de un regreso a las fuentes religiosas, culturales e históricas, así como en el sistema tripartidista, aunque las elecciones del año 1992 arrojaran un jarro de agua fría, dado el triunfo absoluto de los restos del antiguo Partido Comunista. En el terreno cultural, se ha efectuado la rehabilitación de Gengis Jan, resaltando su origen étnico y como brillante conductor de hombres, creador del Estado y fundador del nacionalismo mongol. Está previsto que, en el año 1994, quede restablecida la escritura tradicional mongólica —el *uyghur*— que fue sustituida por los caracteres cirílicos en el año 1945, mientras se dedican todos los esfuerzos al sector económico, donde se ha iniciado un ambicioso plan de privatización empresarial donde, a medio término, se prevé su ejecución en un 70%, con el doble objetivo de establecer el sistema de economía de mercado y atraer las inversiones extranjeras que permitan la explotación de las importantes riquezas mineras del país, particularmente en metales no ferrosos.

De un lado pues, hay que destacar su posición entre Moscú y Pekín, que encerró a los mongoles entre dos grandes imperios, siendo China la potencia dominante hasta el derrumbamiento del sistema, en el año 1911. En el año 1924, se empezó a sentir la influencia de la Unión Soviética.

Pekín, no se resigna a perder su pasada influencia sobre Ulan Bator después de la partida, en septiembre del año 1992, de los últimos 5.000 soldados rusos y de la desconfianza política respecto a China que intenta por todos los medios impedir el reconocimiento de un panmongolismo que hiciera peligrar la autoridad que ejerce sobre la región autónoma de Mongolia interior. En estas condiciones, los dirigentes mongoles buscan el apoyo japonés, y el mundo occidental, para incorporarse a la zona de desarrollo del noreste asiático.

De otro, los intentos japoneses de penetración en Mongolia, a su disposición a facilitar los 600 millones de dólares que necesita el país. Teniendo como tema la ayuda a Mongolia, se han celebrado conferencias internacionales, en Tokio, en septiembre del año 1991 y mayo del año 1992, copresididas por Japón y el Banco Mundial, de las cuales ha salido una ayuda de 155 millones de dólares y otra posterior de 320 millones, aparte una ayuda japonesa de 90 millones para desarrollo de infraestructuras en los sectores de comunicaciones, transportes y explotaciones mineras. En este último, Japón viene interesándose, desde al año 1989, en las perspectivas ofrecidas por las minas de oro, plata, cobre y zinc, sin competencia de ningún otro país de la región.

Con estos comportamientos, no es de extrañar que, en mayo del año 1992, el primer ministro mongol destacara el magnífico desarrollo de las relaciones entre Japón y Mongolia e insistiera en la función primordial del primero en el mantenimiento de la estabilidad en el noroeste del Pacífico. Hoy, lejos de aquel año 1913, cuando tras la firma del

acuerdo, entre Moscú y Pekín, que garantizaba el respeto en Mongolia de sus intereses recíprocos, sin que el jefe de Estado mongol lograra acogerse a la protección japonesa, hoy se vuelve nuevamente la vista hacia Tokio para huir de su determinismo geoestratégico. En la actualidad, sin contrapeso ruso y sin potencia financiera china, sólo Japón, con el apoyo de su poderío económico y su proximidad geográfica, puede garantizar la participación en el desarrollo de la economía de Mongolia.

### **Hacia un nuevo sistema de seguridad**

La nueva situación está reclamando la estructuración de un nuevo sistema de seguridad adaptado a las circunstancias nacientes en el noroeste del Pacífico, caracterizado por estas tres notas:

1. El declive, en los últimos años, de la influencia y liderazgo de Estados Unidos, ocasionado por una serie de factores, entre los cuáles cabe destacar:
  - La disminución de la amenaza soviética, que ya ha dejado de justificar un liderazgo basado en intereses de seguridad mutua.
  - El crecimiento económico, político y militar de algunas naciones asiáticas, que ha dado origen a una situación de multipolaridad.
  - El reconocimiento norteamericano de que su comportamiento ha de estar presidido por un espíritu de asociación y no hegemónico, dada su patente debilidad y su pérdida de prestigio frente a algunos países asiáticos desde el punto de vista de su eficiencia y capacidad industrial en diferentes sectores.
  - La percepción, ampliamente extendida en todo Asia, de que el compromiso y presencia estadounidense en la región no se puede considerar como algo permanente a pesar del prestigio, temporalmente admitido, que le ha dado la guerra del Golfo.
2. La gran diversidad cultural, económica y política de la región, donde la reducción de la tensión generada por la guerra fría han aflorado a la superficie rivalidades tradicionales y problemas territoriales, que seguían y siguen sin resolver, lo que dificulta la cooperación internacional y hace, prácticamente, imposible que una nación pueda asumir un papel hegemónico.
3. Y una tercera nota, con importantes implicaciones estratégicas, es el rápido desarrollo del nacionalismo, reflejado en los deseos de adquirir mayor independencia política de las hasta ahora superpotencias.

Junto a estas notas hay que destacar la dificultad de establecer, formalmente, un equilibrio de poder en el noroeste del Pacífico, porque, por ejemplo, ¿cuál habría de ser el nivel aceptado de la potencia de China para equilibrar a la de Japón?, y en segundo lugar, la forma de mantenerlo, porque en una región tan enormemente dinámica, a medida que fueran evolucionando las fuerzas de un país ¿quién decidiría qué tal o cuál fenómeno constituiría una ruptura del equilibrio? Así por ejemplo, ¿aceptaría Tokio el criterio de Pekín o Pekín el de Tokio, o éste el de Washington?, en tercer lugar, hacen falta unas determinadas condiciones para el establecimiento del equilibrio, entre ellas las más importantes serían:

1. La hegemonía de una o varias naciones que pudieran obligar a los demás a aceptar tal o cual distribución de poder.
2. Que la mayoría de las grandes potencias de la región acuerden mantener el *status quo*.

Ni una ni otra aparecen en el noroeste del Pacífico, donde Estados Unidos ha de ser potencia dominante, sin haber sido relevada por otra, o por una combinación de países que los suplanten, a causa, entre otras cosas, de la gran desconfianza reinante en la región: una debilidad más a añadir, difícil de superar.

Hasta ahora, la seguridad en el Pacífico asiático ha venido teniendo como base el que vino a denominarse sistema de San Francisco, cuyo núcleo lo formaban el Tratado de Paz que daba por terminada la ocupación norteamericana de Japón y restablecía su soberanía, y el tratado de seguridad, Estados Unidos-Japón, firmados simultáneamente en San Francisco, en septiembre del año 1951. Así asociando el final de la ocupación con la conversación de las bases militares, Estados Unidos, pretendía incorporar a Japón a la alianza occidental contra la Unión Soviética, al mismo tiempo que aseguraban a los Estados del Pacífico asiático frente a un resurgimiento del militarismo japonés. Por su parte, Japón buscaba la protección de Estados Unidos para reconstruir su sociedad y sistema económico.

Actualmente, la alianza japonesa-norteamericana ha dejado de ser entre una potencia hegemónica y una economía frágil, exigiendo grandes ajustes en sus funciones políticas y responsabilidades de seguridad, así como el movimiento de Japón desde la periferia a una posición central.

Sin duda, la pujanza económica y las posibilidades tecnológicas de Japón le ofrecen la opción de convertirse en una gran potencia militar, incluida la capacidad nuclear, en un período de tiempo comprendido entre 10 y 25 años, lo que acarreará graves consecuencias económicas. En tales circunstancias, Japón podría optar por:

- Mantener sus gastos actuales de defensa, con su estructura militar, dentro del espíritu de las limitaciones que impone su Constitución, cuyo artículo 9, «cláusula de paz», introduce la renuncia a la guerra y la no posesión de potencial bélico.
- Debilitar tal espíritu aumentando su capacidad militar más allá de lo que constituye su autodefensa hasta adquirir una capacidad que amenace la seguridad de terceros.
- Revisar la Constitución vigente eliminando las actuales limitaciones y adquiriendo una capacidad autónoma de defensa, incluyendo la posesión de armas nucleares.

Aparentemente, como ha puesto de manifiesto la guerra del Golfo, la tendencia es a seguir la segunda opción, sometida al resultado de los esfuerzos norteamericanos por hacer frente al reto económico japonés y a la forma que Estados Unidos perciban su compromiso de seguridad en las regiones asiáticas. Pero, se está generalizando la creencia de que el problema es sólo sobre el «cuándo» Japón se convertirá en una potencia que pueda ejercer su soberanía utilizando la fuerza militar en defensa de sus intereses nacionales. Mientras tanto, el nuevo plan de Defensa a Medio Plazo (años fiscales 1991 a 1995) prevé el refuerzo de la potencialidad de Japón en los sistemas de mando, control y comunicaciones, el establecimiento de un sistema radar de detección hasta 3.000 km de distancia, adquisición de aviones E-3A de reabastecimiento en vuelo y portaaviones ligeros todo lo cual hará que el país sea más influyente en la región del Pacífico.

Estas percepciones son la causa de la creciente preocupación de Corea y China, así como el continuado aumento del presupuesto militar japonés, que sigue siendo superior al 3%, a pesar de haber terminado la guerra fría. Con todo, el problema no está en el temor al militarismo japonés, ni tampoco en su imprevisibilidad futura sino en la duda de si Japón encontrará una nueva vía entre el tipo de Estado mercader que ha llegado

a ser y la potencia político-militar contemporánea que podría ser, pretendiendo ser aceptada como un miembro más de la comunidad internacional, convenciendo a los miembros de ésta de sus intenciones pacíficas al mismo tiempo que su autoridad sigue creciendo al ritmo de su potencia financiera y económica.

Lo cierto es que el sistema asiático de seguridad está obsoleto al mismo tiempo que no hay otro sistema a la vista. A ello contribuyen: la improbabilidad del nacimiento de nuevas alianzas del tipo de las celebradas hasta el fin de la guerra fría; por ejemplo, ha desaparecido la alianza chino-soviética, la japonesa-norteamericana está siendo cuestionada las bases norteamericanas en Filipinas están desmantelándose los lazos surcoreanos-norteamericanos están próximos a modificarse o sólo existen en sentido formal, etc. En su lugar, nuevas situaciones bilaterales sustituirán a las relaciones de tipo antiguo, que han quedado desbordadas de sentido y realismo. Mientras tanto, el núcleo de la actividad internacional en Asia se trasladará, en un futuro próximo, de las tensiones militares y problemas de seguridad a los temas económicos.

Todo apunta a que Estados Unidos seguirá siendo, todavía durante algún tiempo, el centro de las relaciones asiáticas de seguridad como garante de la estabilidad regional en el noroeste del Pacífico, basándose en la aplicación militar de su predominio tecnológico, acomodándose a las nuevas fuerzas y tendencias. En lo que a China y Rusia se refiere, con las que Estados Unidos no tiene compromisos firmados de seguridad es inmensa la labor por desarrollar entre ellas y Estados Unidos; primero, con China dentro de una relación de seguridad que tenga en cuenta el crecimiento de su poder militar y, segundo, con Rusia teniendo en cuenta que ambos países tienen que vivir más como asociados que como enemigos, sin olvidar los problemas pendientes de control de armamentos y transferencias de tecnología así como la posibilidad de actuar en nombre de la nueva república rusa, como parte interesada en ser admitida en calidad de uno de los cuatro grandes Estados que forjarán el futuro sistema regional multipolar. Con Japón no cabe la menor duda, a nadie, de que habrá que reconsiderar el Tratado de Seguridad, y que con Corea había que actualizar el existente.